

Prometeo encadenado

Esquilo

PERSONAJES

FUERZA.

VIOLENCIA.

HEFESTO.

PROMETEO.

OCÉANO.

HERMES.

Io.

CORO DE OCEÁNIDES.

La escena representa un lugar montañoso y abrupto.

(Entran en escena Fuerza y Violencia conduciendo a Prometeo encadenado. Detrás viene Hefesto con utensilios de herrero.)

FUERZA. — Estamos llegando al suelo de una tierra lejana, en la frontera escita, lugar desierto no hollado nunca por seres humanos. Así que, Hefesto, ya debes ocuparte de las órdenes que te dio tu padre: sujetar fuertemente en estas altas y escarpadas rocas a este bandolero mediante los irrompibles grilletes de unas fuertes cadenas de acero. Porque tu flor, el fulgor del fuego ¹ de donde nacen todas las artes, la robó y la entregó a los mortales. Preciso es que pague por este delito su pena a los dioses, para que aprenda a soportar el poder absoluto de Zeus y abandone su propensión a amar a los seres humanos.

HEFESTO. — Fuerza y Violencia, la orden que a ambos Zeus os diera llega a su fin y ya nada os detiene. Pero yo carezco de audacia para encadenar con violencia a una deidad que es mi pariente ² a este precipicio tempestuoso. No obstante, es forzoso de todo punto que yo tenga arrojo para realizarlo, que es grave el andar remiso en cumplir las órdenes de mi padre.

¡Oh tú, muy inteligente hijo de Temis —autora de buenos consejos—, aunque ni tú ni yo lo queramos, voy a clavarte con cadenas de bronce imposibles de desatar a esta roca alejada de los seres humanos, donde ni voz ni figura

¹ Hefesto es el dios del fuego.

² Prometeo era tío segundo de Hefesto y primo de Zeus.

mortal podrás ver, sino que, abrasado por la brillante llama del sol, cambiarás la flor de tu piel! Placentero será para ti, cuando la noche cubra la luz con su manto de 25 estrellas y que el sol evapore el rocío del amanecer. Pero siempre te consumirá el dolor del tormento de continuo presente, pues aún no ha nacido el que ha de librarte ³. ¡Esto has sacado de tu inclinación a la humanidad! Sí. Eres un dios que, sin encogerte ante la cólera de los demás 30 dioses, has dado a los seres humanos honores, traspasando los límites de la justicia. Por eso montarás guardia en esta roca desagradable, siempre de pie, sin dormir, sin doblar la rodilla. Muchos lamentos y muchos gemidos proferirás 35 inútilmente, que es inexorable el corazón de Zeus y riguroso todo el que empieza a ejercer el poder.

FUERZA. — ¡Vamos! ¿Por qué tardas y te apiadas en vano? ¿Por qué no aborreces al dios más odiado por todos los dioses, al que entregó a los mortales tu privilegio?

HEFESTO. — Tiene mucha fuerza el parentesco al que se une el trato amistoso.

40 FUERZA. — Estoy de acuerdo. ¿Pero de qué modo será posible desobedecer las órdenes de tu padre? ¿No temes más eso?

HEFESTO. — ¡Siempre has sido un ser despiadado y falto de escrúpulos!

FUERZA. — Porque no tiene ningún remedio llorar por éste. No te esfuerces tú en vano en lo que no produce ningún provecho.

45 HEFESTO. — ¡Ay, oficio mío!, ¡cuánto te odio! ⁴.

FUERZA. — ¿Por qué lo odias? Porque, en resumen, tu oficio no tiene la culpa de tu pena actual.

³ Heracles.

⁴ La condición de herrero de Hefesto ha determinado que sea el encargado de la cruel misión que ha de cumplir contra su voluntad.

HEFESTO. — Con todo, hubiera debido tocarle a otro cualquiera.

FUERZA. — Todo es molesto, salvo imperar sobre los dioses, porque no hay nadie realmente libre, excepto Zeus. 50

HEFESTO. — Lo sé. Nada tengo que objetar a eso.

FUERZA. — Date prisa, entonces, en encadenarlo, para que tu padre no vea que andas reacio.

HEFESTO. — Ya puede ver la cadena en mis manos.

(Dada la corpulencia de Prometeo, Hefesto tiene que trepar por las rocas para cumplir su cometido.)

FUERZA. — Cuando le hayas atado los brazos, dale al 55 martillo con toda tu fuerza y déjalo clavado a las rocas.

(Hefesto hace lo que le dice Fuerza.)

HEFESTO. — Mi tarea, y no en balde, llega a su fin.

FUERZA. — Golpea con más fuerza. Apriétalo bien. No lo dejes flojo por ningún lado, pues es astuto para hallar salida incluso cuando es imposible.

HEFESTO. — Este codo ha quedado sujeto de modo que 60 es imposible que se desate.

FUERZA. — Ahora, asegura este otro también, para que aprenda que a pesar de ser sabio es más torpe que Zeus.

HEFESTO. — Nadie podría hacerme con justicia reproches, excepto éste.

FUERZA. — Ahora, con fuerza, clávale el pecho de parte 65 a parte con la fiera mandíbula de una cuña de acero.

HEFESTO. — ¡Ay, Prometeo, gimo por tus penas!

FUERZA. — ¿Andas vacilando y profieres gemidos por un enemigo de Zeus? ¡Ten cuidado, no sea que un día gimas por ti mismo!

HEFESTO. — Tienes a la vista un espectáculo penoso de ver.

70 FUERZA. — Lo que veo es que éste está teniendo su merecido. ¡Vamos! Colócale un cincho en torno a los flancos.

HEFESTO. — Forzoso es hacerlo. ¡No me instigues tanto!

FUERZA. — ¡Te instigaré y, además de eso, te azuzaré! ¡Baja ahora aquí! ¡Sujétale las piernas con fuerza con unas anillas!

75 HEFESTO. — Ya está hecho este trabajo sin demasiado esfuerzo.

FUERZA. — Golpea ahora con fuerza esos grilletes bien apretados, que es muy severo el juez de tus trabajos.

HEFESTO. — Conforme a tu figura, habla tu lengua.

80 FUERZA. — Tú ablándate; pero no me reproches ni la firmeza ni lo áspero de mi carácter.

HEFESTO. — Vámonos, que ya tiene entre redes sus miembros.

FUERZA. — (*A Prometeo.*) Obra aquí ahora con insolencia. Roba a los dioses sus privilegios y entrégaselos a seres efímeros. ¿Qué sufrimiento de éstos te pueden quitar
85 los mortales? Prometeo te llaman los dioses, pero usan un nombre que no te cuadra ⁵, ya que careces de previsión para ver de qué modo te librarás tú solo de este artificio.

(*Se marchan Hefesto, Fuerza y Violencia.*)

PROMETEO. — ¡Oh divino éter y vientos de rápidas alas, fuentes de los ríos, abundante sonrisa de las olas marinas!
90 ¡Y tú, tierra, madre universal!

¡También invoco al disco del sol, que todo lo ve!

¡Ved qué sufrimientos padezco —¡yo, que soy un dios!— impuestos por las deidades!

95 ¡Mirad con qué clase de ultrajes desgarradores he de luchar penosamente por un tiempo de infinitos años!

⁵ Alude al concepto «previsor» contenido en la etimología de «Prometeo».

¡Tal es la infame condena que inventó contra mí el nuevo jefe de los felices! ⁶.

¡Ay, ay! ¡Me lamento por el presente y futuro dolor! ¿De qué modo algún día debe surgir el fin de estas
100 penas?

¡Pero qué digo? Sé de antemano con exactitud todo el futuro, y ningún daño me llegará que no haya previsto. Debo soportar del modo más fácil que pueda el destino que tengo asignado, porque conozco que es invencible la fuerza
105 del Hado. Pero no me es posible ni callar ni dejar de callar este infortunio, pues —¡desgraciado de mí!— por haber facilitado un privilegio a los mortales, estoy bajo el yugo de estas cadenas.

Sí. Dentro de una caña robé la recóndita fuente del
110 fuego que se ha revelado como maestro de todas las artes y un gran recurso para los mortales. Y por esta falta sufro el castigo de estar aherrojado mediante cadenas a cielo abierto.

¡Ah, ah!

¿Qué rumor, qué perfume invisible ha llegado volando
115 hasta mí? ¿Viene de un dios, de un mortal o de un ser mixto de ambos, que ha llegado hasta el peñascal del fin del mundo? ¿Viene a contemplar mis penas o qué es lo que quiere? ¡Vedme aquí encadenado: a un dios desdichado enemigo de Zeus! Me he concitado la aversión de todos
120 los dioses que tienen acceso al palacio de Zeus por mi amor excesivo a los mortales.

¡Ay, ay! ¿Qué aleteo de aves estoy escuchando cerca de mí? Hay en el aire un suave silbo de batir de alas.
125 ¡Horror me causa cuanto se me acerca!

(Llegan las Océánides en un carro alado.)

⁶ Esto es, «de los dioses».

CORO.

Estrofa 1.^a

*Nada temas, porque es amiga esta bandada que, riva-
lizando en ligereza de vuelo, llegó a este peñasco, luego
de persuadir a duras penas el corazón de nuestro padre.
Nos han traído las auras veloces. El eco de golpes sobre
el acero penetró en el fondo de mi caverna y disipó la
135 gravedad de mi pudor, así que, descalza, me puse en ca-
mino en mi carro alado.*

PROMETEO. — ¡Ay, ay, ay, ay!, nacidas de Tetis la muy
fecunda ⁷, hijas de Océano cuya insomne corriente gira ince-
140 sante abrazando en círculo la tierra entera, ved, contemplad
con qué cadenas sujeto a la cima rocosa de este precipicio,
he de hacer una guardia que no excitaría la envidia de nadie.

Antístrofa 1.^a

CORO. — Viéndote estoy, Prometeo, y una niebla me-
145 drosa preñada de lágrimas ha nublado mis ojos al ver
marchitarse tu cuerpo en la roca con ese ultraje de estar
atado con nudos de acero. Sí; nuevos pilotos tienen el poder
150 en el Olimpo; y con nuevas leyes, sin someterse a regla
ninguna, Zeus domina y, a los colosos de antaño, ahora
él los va destruyendo.

PROMETEO. — ¡Ojalá que él me hubiera arrojado bajo
la tierra, más hondo que el Hades que acoge a los muertos,
155 al Tártaro sin salida, luego de haberme atado de modo
feroz con lazos que no se pudieran soltar, para que ningún
dios ni otro ser alguno hubiera gozado con este espectácu-
lo. Ahora, en cambio, sufro — ¡ay de mí, desgraciado!—
ser un cuerpo a merced del viento, ¡una irrisión para mis
enemigos!

⁷ Hija de Urano y Tierra, personifica la fecundidad femenina del mar.

Estrofa 2.^a

CORO. — ¿Qué dios tendrá un corazón tan insensible ¹⁶⁰
que disfrute con esto? ¿Quién no comparte la indignación
por tus desgracias, aparte de Zeus? Su rencor incesante
ha hecho inflexible su mente y somete a su arbitrio a la
estirpe de Urano ⁸, y no acabará hasta que sacie su cora- ¹⁶⁵
zón o hasta que alguien con mano astuta le arrebatte su
imperio inexpugnable.

PROMETEO. — Pues bien, todavía, aunque yo esté su-
friendo infamante tortura preso en estos potentes lazos,
va a necesitar me el rey de los dioses, para que yo le revele ¹⁷⁰
un nuevo proyecto en virtud del cual será despojado de
cetro y honores. Mas ni siquiera con los ensalmos dulce-
mente armoniosos de Persuasión ⁹ me ablandará, ni por ho-
rror de sus duras conminaciones voy a denunciarlo antes ¹⁷⁵
de que él consienta en soltarme de estas feroces cadenas
y en sufrir el castigo por este ultraje.

Antístrofa 2.^a

CORO. — Tú, siempre audaz, en nada cedés, incluso en
medio de amargos dolores; antes, al contrario, usas un len- ¹⁸⁰
guaje demasiado libre. Penetrante miedo ha sobresaltado
mi corazón. Temo por tu suerte y me pregunto de qué
modo un día debes llegar a puerto seguro para ver el fin
de estas penas, pues el hijo de Crono ¹⁰ tiene un carácter
inaccesible y un corazón inexorable. ¹⁸⁵

PROMETEO. — Sé que es duro y que dispone a su capri-
cho de la justicia. No obstante, algún día mitigará sus de-

⁸ Prometeo es un Titán, como su padre, Jápeto. Es, por tanto, nieto de Urano.

⁹ Personificada.

¹⁰ Crono es el hijo menor de Urano y Tierra y padre de Zeus, a quien se refiere el Coro.

cisiones, cuando se sienta ultrajado de esa manera ¹¹.
 190 Y cuando haya calmado su crudo rencor, llegará presuroso
 a la amistad y alianza conmigo, que también estaré pronto
 a ello.

CORIFEO. — Revélanos todo y danos a conocer por qué
 195 delito te apresó Zeus y así te maltrata deshonrosa y amar-
 gamente. Cuéntanoslo, a menos que con tu relato recibas
 alguna molestia.

PROMETEO. — Incluso decirlo me es doloroso, pero cal-
 llar es un dolor, una desgracia, de todas formas.

200 Tan pronto empezaron a airarse los dioses y a levantarse
 entre ellos discordia —porque los unos querían derrocar
 a Crono de su poder, con el fin de que Zeus reinara, mien-
 tras que otros, por el contrario, ponían su interés en que
 nunca Zeus tuviera imperio sobre los dioses—, en ese mo-
 205 mento yo decidí convencer de lo mejor a los Titanes, a
 los hijos de Urano y de Tierra ¹², pero no pude. Con su
 forma de pensar violenta despreciaron mis sutiles recursos,
 y creyeron que por la fuerza sin dificultad se harían los
 210 amos. Pero mi madre —Temis y Tierra, única forma con
 muchos nombres— ¹³, no una vez sola había predicho de
 qué manera se cumpliría el porvenir: que no debíamos ven-
 cer por la fuerza ni con violencia a quienes se nos enfren-
 taran, sino con engaño.

Cuando con mis palabras yo les expuse tal predicción,
 215 no se dignaron siquiera considerarlo. Me pareció entonces

que, en esas circunstancias, era lo mejor tomar a mi madre
 como aliada y de grado ponerme de parte de Zeus, que lo
 deseaba; y, por mis consejos, el tenebroso, profundo abis- 220
 mo del Tártaro cubre al viejo Crono y a sus aliados ¹⁴.
 Y después que el rey de los dioses obtuvo de mí tal benefi-
 cio, me ha recompensado con este castigo cruel. Sí, en cierto
 modo ése es un mal de la tiranía: no confiar en los pro- 225
 pios amigos.

Lo que preguntáis, la causa por qué me atormenta, os
 la aclararé. Tan pronto como él se sentó en el trono que
 fue de su padre, inmediatamente distribuyó entre las dis- 230
 tintas deidades diferentes fueros, y así organizó su imperio
 en categorías, pero no tuvo para nada en cuenta a los infel-
 ces mortales; antes, al contrario, quería aniquilar por com-
 pleteo a esa raza y crear otra nueva. Nadie se opuso a ese
 designio, excepto yo. Yo fui el atrevido que libré a los 235
 mortales de ser aniquilados y bajar al Hades. Por ello,
 estoy sometido a estos sufrimientos, dolorosos de padecer,
 compasibles cuando se ven. Yo, que tuve compasión de
 hombres, no fui hallado digno de alcanzarla yo mismo, 240
 sino que sin piedad de este modo soy corregido, un espec-
 táculo que para Zeus es infamante.

CORIFEO. — Prometeo, tendría de hierro el corazón y
 él mismo estaría hecho de piedra quien por tus penas no
 compartiera contigo su indignación. No hubiera querido
 yo verlas, pues cuando las vi el corazón se me partió. 245

PROMETEO. — Sí. Inspiro piedad a mis amigos sólo de
 verme.

CORIFEO. — ¿Fuiste acaso aún más lejos?

PROMETEO. — Sí. Hice que los mortales dejaran de an-
 dar pensando en la muerte antes de tiempo.

¹⁴ Cf. HES., *Teog.* 729 ss; 814 ss.

¹¹ Cf. vv. 170-171.

¹² Océano, Ceo, Hiperión, Crío, Jápeto.

¹³ Difiere el texto de HESÍODO, que hace a Prometeo hijo de Clímene, una Titánide (*Teog.* 507-510). ¿Pretende Esquilo insinuar una opinión personal, según la cual todos esos hombres y otros más se refieren a un solo principio femenino?

CORIFEO. — ¿Qué medicina hallaste para esa enfermedad?

250 PROMETEO. — Puse en ellos ciegas esperanzas.

CORIFEO. — ¡Gran beneficio regalaste con ello a los mortales!

PROMETEO. — Y además de esto les concedí el fuego.

CORIFEO. — ¿Y tienen ahora la roja llama del fuego los seres efímeros?

PROMETEO. — Gracias a él aprenderán numerosas artes.

255 CORIFEO. — Por esos delitos, Zeus...

PROMETEO. — ...me martiriza y en modo alguno afloja mis males.

CORIFEO. — ¿No se ha fijado con antelación el punto en que ha de acabar tu tormento?

PROMETEO. — No hay ningún otro, sino cuando a Zeus le parezca bien.

260 CORIFEO. — ¿Y cómo va a parecerle bien? ¿Qué esperanza hay de ello? ¿No ves que faltaste? Pero no es de placer para mí decir que faltaste, y para ti es doloroso. Dejemos eso. Busca alguna liberación de la prueba que sufres.

265 PROMETEO. — Es cosa fácil para el que está libre de penas aconsejar y hacer reflexiones a los que sufren. Bien sabía yo todo eso. De grado, de grado falté. No voy a negarlo. Por ayudar a los mortales, encontré para mí sufrimientos. Sin embargo, no me imaginaba que habría de
270 consumirme en este roquedal escarpado, en esta desierta cima rocosa.

No llorés mis presentes dolores. Bajad al suelo y escuchad los infortunios que se aproximan reptando hacia mí, para que os enteréis de todo hasta el fin. Convenceos y
275 hacedme caso: sufrid con quien sufre en este momento,

¡pues esto es así! el sufrimiento va errante y se aferra unas veces a uno y otras a otro ¹⁵.

CORO. — *Prometeo, nos has animado a lo que nosotros queríamos; así que ahora con pie ligero abandonamos este veloz carro y el santo éter, ruta de aves, para posar- 280 me en esta tierra que espanto produce, pues tengo deseo de oír tus penas punto por punto.*

(Mientras las Océánides bajan del carro, llega Océano en un carro tirado por un grifo.)

Océano. — *Llego junto a ti, Prometeo, tras haber al- 285 canzado el final de un largo camino, conduciendo con mi pensamiento, sin necesidad siquiera de bridas, este ave de rápidas alas ¹⁶.*

Sufro contigo, sábelo bien, por tu infortunio, pues el parentesco — así lo creo — me fuerza a ello ¹⁷. Y, aparte 290 la stirpe común, no existe nadie de cuyo lado yo me pusiera antes que de ti. Vas a saber que esto es verdad y que no existe en mí la intención de hablarte con vanas lisonjas. Vamos, indícame en qué te debo ayudar. Nunca 295 dirás que tienes un amigo más constante que Océano.

PROMETEO. — ¡Vamos! ¿Qué es esto? ¿También vienes tú a ser espectador de mis penas? ¿Cómo osaste dejar la corriente que lleva tu nombre y las grutas techadas de 300 piedra, para venir a esta región madre del hierro? ¹⁸. ¿Has venido a contemplar mi infortunio y a indignarte conmigo por mis males? ¡Ve el espectáculo! ¡aquí está el amigo de

¹⁵ Idea tópica. Cf., p. ej., EUR., *Troy*. 1206.

¹⁶ Se trata de un animal alado, con cabeza de águila y cuerpo de león.

¹⁷ V. n. 12.

¹⁸ V. nn. 80 y 81 de *Los Siete contra Tebas*. Se refiere a Escitia.

Zeus, el que le ayudó a instaurar su reinado! ¡Mira en qué clase de sufrimientos me estoy consumiendo por su voluntad!

OCÉANO. — Ya lo estoy viendo, Prometeo y, aunque eres astuto, quiero aconsejarte lo mejor para ti. Toma conciencia de quién eres tú y ajusta tu forma de ser a nuevas maneras, pues, entre los dioses hay también un rey nuevo. Si sigues así, profiriendo ásperas y punzantes palabras, quizá, aunque tenga lejos su sede, más alto que tú, Zeus te oiga, con la consecuencia de que la tortura ahora presente de tus dolores podrá parecerle que es un juego de niños.

Vamos, infeliz, depón la cólera que ahora tienes y ponte a buscar la liberación de estos sufrimientos. Quizá te parezca que digo antiguallas. Sin embargo, Prometeo, penas de esa clase suelen ser el fruto de una lengua en exceso altanera. Nunca, hasta la fecha, has sido humilde, ni tampoco cedes ante la desgracia, sino que quieres agregar otros nuevos a los males presentes. Usa de mí como de un maestro y no des coces contra el aguijón. Mira que el monarca es severo y que ejerce el poder sin necesidad de rendirle cuentas a nadie.

Ahora me voy e intentaré liberarte, si puedo, de estos trabajos. Permanece tranquilo y procura hablar sin excesiva falta de medida. ¿No sabes muy bien, a pesar de tu mucha sabiduría, que a una lengua imprudente se le aplica siempre el castigo?

PROMETEO. — Te envidio por estar tú exento de culpa. Ya que ¡no! osaste ¡participar! en todo conmigo, déjalo ahora y no te preocupes. De todas formas no vas a persuadirlo. No se deja convencer fácilmente. Mira bien que no sufras tú mismo algún daño por este viaje.

OCÉANO. — Eres mucho mejor para hacer entrar en razón a la gente que se acerca a ti que a ti mismo. Lo advierto en los hechos y no en las palabras. Ya que estoy en camino de hacerlo, no te opongas a ello. Presumo —sí—, presumo de que Zeus ha de concederme esta gracia de suerte que pueda librarte de estos trabajos.

PROMETEO. — Te alabo en eso y jamás dejaré de alabarte, porque no te falta buena voluntad. Pero no te esfuerces, porque vas a tomarte molestias en vano sin ninguna utilidad para mí, si a esforzarte por mí te dispones. Antes, al contrario, tranquilízate y mantente alejado de este asunto. Ya que yo estoy sumido en el infortunio, no por esto voy a querer para otros muchos que les alcancen sufrimientos como los míos. No, desde luego. Ya me atormentan bastante las desdichas de mi hermano Atlante¹⁹ que, por las regiones occidentales, permanece en pie sosteniendo sobre sus hombros la columna existente entre el cielo y la tierra, trabajo no fácil de soportar.

También sentí compasión cuando vi subyugado por la violencia al fogoso Tifón, hijo de Tierra, destructor monstruoso de cien cabezas, habitante de grutas cilicias. Se había enfrentado ¡a todos! los dioses, silbando terror con sus horrendas quijadas. Brillaba en sus ojos el fulgor de una mirada aterradora, como si fuera a aniquilar con su violencia la realeza de Zeus. Pero le alcanzó el dardo de Zeus que siempre está alerta, el rayo que baja a la tierra exhalando fuego, y lo abatió terriblemente de sus jactancias de lengua altanera, pues, herido en las mismas entra-

¹⁹ Hijo, como Prometeo, de Jápeto y Climene, fue condenado por Zeus, por su intervención en la lucha de los dioses contra los gigantes, a sostener sobre sus hombros la bóveda del cielo en el extremo occidental de la tierra.

ñas, fue aniquilada por el rayo su fuerza y él quedó reducido a cenizas. Y por ahora, como algo inútil que se ha tirado, yace cerca de un estrecho marino, aprisionado en el fondo del Etna, en tanto que Hefesto, instalado en sus más altas cumbres, se dedica a la forja del hierro. De allí algún día reventarán ríos de fuego que devorarán con quijadas feroces los llanos campos de Sicilia, productora de excelentes frutos. ¡Tal será la cólera que hará hervir Tifón con los rayos ardientes de una terrible tempestad que exhalará, a pesar de estar ya carbonizado por el rayo Zeus!

No eres tú inexperto ni necesitas que yo sea tu maestro. Ponte ya a salvo como sabes hacerlo, que yo agotaré mi presente infortunio hasta que la mente de Zeus abandone su ira.

OCÉANO. — ¿No sabes, Prometeo, que para un temple enfermo los únicos médicos son las palabras?

PROMETEO. — Eso es así, si en el momento oportuno alguien procura apaciguar su corazón, en lugar de intentar desinflarlo cuando está hinchado por la pasión.

OCÉANO. — ¿Ves acaso que exista algún daño en poner entusiasmo y arrojarse a ello? Explicámelo.

PROMETEO. — ¡Vano trabajo y frívola simplicidad!

OCÉANO. — Déjame que enferme de esa dolencia, que es muy ventajoso tener sensatez y parecer que no se tiene.

PROMETEO. — Va a parecer que esa falta es cosa mía.

OCÉANO. — Tus palabras me envían por las claras a mi casa de nuevo.

PROMETEO. — Sí. No vaya a ser que esos lamentos tuyos por mí te hagan caer en enemistad.

OCÉANO. — ¿Con quien hace poco que ocupa el trono todopoderoso?

PROMETEO. — Guárdate, no sea que un día el corazón de ése se irrite contigo.

OCÉANO. — Prometeo, tu desgracia me da una lección.

PROMETEO. — ¡Márchate! ¡Vete! ¡Pon a salvo tu actual forma de pensar!

OCÉANO. — Me has dado esos gritos cuando ya estoy marchándome, pues mi ave cuadrúpeda roza ya con sus alas el liso camino del aire y pronto en su establo doblará con gusto las patas para descansar.

(Océano sale de escena.)

CORO.

Estrofa 1.^a

Lloro por ti, Prometeo, por tu funesto infortunio, y el llanto que cae de mis ojos es un río de lágrimas que con su húmeda fuente empapa mis tiernas mejillas. En estos sucesos lamentables, gobernando con sus propias leyes, muestra Zeus su poder arrogante a los dioses de antaño.

Antístrofa 1.^a

Resuena ya la tierra entera llena de gemidos y <...> gimen por el magnífico honor tuyo y el de tus parientes que tanto prestigio gozó antiguamente. Y cuantos mortales habitan el suelo vecino de la sacra Asia sufren con los lastimeros sufrimientos tuyos.

Estrofa 2.^a

Y las vírgenes que habitan la tierra de Cólquide, y las hordas de Escitia que

²⁰ En la costa oriental del Mar Negro.

²¹ Las Amazonas.

ocupan la más remota región de la tierra en torno del lago Meótide.

Antístrofa 2.^a

420 *Y la flor belicosa de Arabia, y los que habitan cerca del Cáucaso una ciudad sobre altura escarpada, devastador ejército que ruge atacando con agudas lanzas.*

Estrofa 3.^a 22.

425 [†Sólo vi antes a otro dios vencido con la opresión de lazos de acero, cuando vi en tormento al titán Atlante, que continuamente llora el eminente poder, pleno de fuerza,
430 que le impuso aguantar sobre sus hombros la esfera celeste.†]

Antístrofa 3.^a

*Gime al romper la ola marina, gime el fondo del mar, muge debajo el hondón del reino de Hades, y las fuentes
435 fluviales de puras corrientes gimen un dolor que inspira piedad.*

(Silencio prolongado.)

PROMETEO. — No penséis que callo por orgullo o por arrogancia. Mi corazón se desgarrar en la angustia al verme
440 ultrajado con ignominia. Sin embargo, ¿quién sino yo definió enteramente las prerrogativas a esos dioses nuevos? Pero lo callo, pues también vosotras sois sabedoras de lo que yo podría deciros.

Pero oídme las penas que había entre los hombres y cómo a ellos, que anteriormente no estaban provistos de entendimiento, los transformé en seres dotados de inteligencia y en señores de sus afectos.

²² Esta estrofa se considera una interpolación.

Hablaré, aunque no tenga reproche alguno que hacer
445 a los hombres. Sólo pretendo explicar la benevolencia que había en lo que les di.

En un principio, aunque tenían visión, nada veían, y, a pesar de que oían, no oían nada, sino que, igual que fantasmas de un sueño, durante su vida dilatada, todo lo iban amasando al azar.

450

No conocían las casas de adobes cocidos al sol, ni tampoco el trabajo de la madera, sino que habitaban bajo la tierra, como las ágiles hormigas, en el fondo de grutas sin sol.

No tenían ninguna señal para saber que era el invierno, ni de la florida primavera, ni para poner en seguro los
455 frutos del fértil estío. Todo lo hacían sin conocimiento, hasta que yo les enseñé los ortos y ocasos de las estrellas, cosa difícil de conocer. También el número, destacada invención, descubrí para ellos, y la unión de las letras en
460 la escritura, donde se encierra la memoria de todo, artesana que es madre de las Musas²³. Uncí el primero en el yugo a las bestias que se someten a la collera y a las personas, con el fin de que substituyeran a los mortales en los trabajos más fatigosos y enganché al carro el caballo obe-
465 diente a la brida, lujoso ornato de la opulencia. Y los carros de los navegantes que, dotados con alas de lino, surcan errantes el mar, ningún otro que yo los inventó.

Y después de haber inventado tales artificios —;des-
470 dichado de mí!— para los mortales, personalmente no tengo invención con la que me libre del presente tormento.

CORIFEO. — Has sufrido un daño humillante que te ha llevado a perder el control de tu mente y a extraviarte.

²³ Con metonimia: «las artes». Efectivamente, en el mito, las Musas son hijas de Memoria y Zeus.

Como un mal médico que cae enfermo, te descorazonas,
475 y así no puedes averiguar con qué remedio podrías curarte.

PROMETEO. — Más te extrañarás si oyes lo que falta:
qué artes y recursos imaginé. Lo principal: si uno caía enfermo,
480 no tenía ninguna defensa, alguna cosa que pudiera
comer, untarse o beber, sino que por falta de medicina,
se iban extenuando, hasta que yo les mostré las mixturas
de los remedios curativos con los que ahuyentan toda
dolencia. Clasifiqué las muchas formas de adivinación
485 y fui el primero en discernir la parte de cada sueño que
ha de ocurrir en la realidad.

Les di a conocer los sonidos que encierran presagios
de difícil interpretación y los pronósticos contenidos en los
encuentros por los caminos.

Definé con exactitud el vuelo de las aves rapaces:
490 cuáles son favorables por naturaleza y cuáles siniestros;
qué clase de vida tiene cada una, cuáles son sus odios,
sus amores y compañías, la tersura de sus entrañas y qué
color debe tener la bilis para que sea grata a los dioses,
495 y la varia belleza del lóbulo hepático.

Encaminé a los mortales a un arte en el que es difícil
formular presagios, cuando puse al fuego los miembros
cubiertos de grasa y el largo lomo. Hice que vieran con
claridad las señales que encierran las llamas, que antes es-
500 taban sin luz para ellos. Tal fue mi obra.

Bajo la tierra hay metales útiles que estaban ocultos
para los hombres: el cobre, el hierro, la plata y el oro.
¿Quién podría decir que los descubrió antes que yo? Nadie
—bien lo sé—, a menos que quiera decir falsedades.

505 En resumen, apréndelo todo en breves palabras: los mor-
tales han recibido todas la artes de Prometeo.

CORIFEEO. — No ayudes a los mortales más allá de la
justa medida y no te desprecupes de ti cuando estás sumi-

do en el infortunio. Porque abrigo la buena esperanza de
que tú, una vez libre de estas cadenas, vas a tener un
poder que en nada va a ser menor que el de Zeus. 510

PROMETEO. — La Moira, que todo lo lleva a su fin,
no ha decretado todavía que eso se cumpla de esa manera,
sino que tras desgarrarme en mil dolores y calamidades,
escape entonces de estas cadenas. El arte es, con mucho,
más débil que Necesidad²⁴.

CORIFEEO. — ¿Y quién dirige el rumbo de Necesidad? 515

PROMETEO. — Las Moiras triformes²⁵ y las Erinis, que
nada olvidan.

CORIFEEO. — ¿Entonces, es Zeus más débil que ellas?

PROMETEO. — Así es, desde luego. Él no podría esqui-
var su destino.

CORIFEEO. — ¿Pues qué destino es el de Zeus sino el te-
ner siempre el poder?

PROMETEO. — No lo puedes saber todavía. No insistas 520
en ello.

CORIFEEO. — ¿Es, quizás, un secreto augusto lo que es-
tás ocultando?

PROMETEO. — Hablad de otro asunto. De ninguna ma-
nera es ocasión de anunciar ése, sino que al máximo hay
que ocultarlo, pues, si lo guardo, escaparé de estas infa- 525
mes cadenas y calamidades.

CORO.

Estrofa 1.^a

*¡Nunca Zeus que todo lo rige ponga su fuerza como
adversaria de mi voluntad, ni yo me duerma en acercarme*

²⁴ Personificación de la fuerza ineluctable de los decretos dictados por el Destino.

²⁵ De la tres Moiras, Átropo hilaba el hilo de la duración de la vida de cada hombre; Cloto lo iba enrollando, y Láquesis lo cortaba, cuando la vida debía acabar.

530 a los dioses con santos festines en los que se ofrecen sacri-
ficios de bueyes junto a la corriente inagotable de mi padre
535 Océano, ni llegue a pecar de palabra, sino que este deseo
permanezca en mí siempre y nunca se borre!

Antístrofa 1.^a

Pues es dulce cosa vivir larga vida abrigando animosa
esperanza, fortaleciendo nuestro corazón de radiante alegría.
540 Pero yo me estremezco de verte desgarrado por mil su-
frimientos (...), porque, sin temblar ante Zeus, por pro-
pria voluntad, Prometeo, colmas a los mortales de excesi-
vos honores.

Estrofa 2.^a

545 ¡Vamos, di, amigo!, ¿de qué modo puede ser agradeci-
do el favor que has hecho? ²⁶. Dímelo: ¿dónde podría ha-
ber para ti algún socorro? ¿Es posible una ayuda de seres
efímeros? ¡No te fijaste en la endeblesz carente de fuerza,
550 semejante a un sueño, a que está encadenada la ciega raza
de los humanos! †;Nunca† la voluntad de los mortales vio-
lará el plan armonioso de Zeus!

Antístrofa 2.^a

Lo he aprendido al contemplar, Prometeo, tu suerte
funesta.

²⁶ Traducir *phére pōs cháris ha cháris...*; por «¿Es favor tu favor?»
o expresiones parecidas, como leemos habitualmente, es no ser fiel al
pensamiento de Esquilo. Pensamos que *cháris* contiene la idea de «grati-
tud», mientras que *ha cháris* se refiere al favor hecho por Prometeo a
los hombres. El Coro, dentro de una moral que no concibe la acción
bienhechora gratuita, pregunta a Prometeo, con intención de destacar
lo ilógico de su conducta —en realidad, para magnificar su altruismo—,
de qué manera (¿qué hacen los traductores con *pōs*?) puede ser corres-
pondido por los hombres. Cf. vv. 83-84.

Un cántico muy diferente ha venido volando hasta 555
mí: aquel himeneo ²⁷ que estuve cantando cerca del baño
y de tu lecho por tu matrimonio, cuando, como esposa,
condujiste al lecho nupcial a Hesíone, hija del mismo pa-
dre que yo, tras convencerla con tus regalos de preten- 560
diente.

(Entra Io con cuernos de vaca.)

Io. — ¿Qué tierra es ésta? ¿Qué raza hay qui? ¿Quién
diré que es éste que estoy viendo expuesto al rigor de las
tempestades en frenos de rocas? ¿En castigo de qué falta
pereces?

Indícame en qué lugar de la tierra me he extraviado 565
yo —¡desgraciada!—.

(Io hace movimientos de desasosiego.)

¡Ay, pena, pena! De nuevo —¡infeliz!— me pica un
tábano, espectro de Argo, hijo de la Tierra.

¡Ah, Tierra, aléjalo! Siento miedo de ver al boyero de
innúmeros ojos. Con mirada pérfida camina, y ni muerto
lo oculta la tierra, sino que, saliendo de entre los muer- 570
tos, me persigue —¡infeliz!— y me hace caminar errante
y hambrienta por la arena de la orilla del mar.

Estrofa 1.^a

Al compás de la flauta sonora ajustada con cera suena
un canto que incita al sueño ²⁸. ¿Adónde me lleva este 575
errabundo correr por tierras lejanas?

¿En qué, hijo de Crono, en qué me hallaste culpable
para uncirme al yugo de estos dolores —¡ay, ay!— y ator-

²⁷ Canto de bodas.

²⁸ Io recuerda la muerte de Argo: Hermes lo mató mientras dormía,
luego de adormecerlo tocando la flauta.

580 *mentas así a esta infeliz enajenada por el terror con que me incita el tábano?*

Abrása(me) en el fuego, sepúltame en la tierra o entrégame de pasto a los monstruos del mar. No rechaces, Se-
585 *ñor, mis plegarias. Ya me ha fatigado en exceso este andar errante corriendo errabunda por múltiples tierras. Y, sin embargo, no puedo llegar a saber cómo evitar estos dolores. ¿Oyes la voz de la doncella portadora de cuernos de vaca?*

PROMETEO. — *¿Cómo no voy a oír a la joven hostigada del tábano, a la hija de Ínaco, a la que inflama de amor el alma de Zeus y que ahora, odiada por Hera, se fatiga a la fuerza en carreras sin fin?*

Antístrofa 1.^a

Io. — *¿De dónde sabes tú el nombre de mi padre que*
595 *acabas de decir? Dile a esta triste quién eres tú, oh infortunado, que has saludado con tanto acierto a esta desdichada y has aludido a esta dolencia enviada por una deidad que me consume punzándome con el aguijón que me obliga a vagar corriendo sin rumbo?*

600 *¡Ay, ay de mí! He venido impulsada por la tortura del hambre a que me someten mis continuos brincos. Víctima soy del rencoroso designio de Hera. ¿Quiénes hay entre los desdichados —¡ay de mí!— que sufran lo mismo que yo? ¡Vamos, indicame con claridad lo que me espera aún padecer! ¿Qué remedio hay, qué medicina de mi enfermedad? Dímelo, si lo sabes. Grita y explícaselo a esta triste y errante doncella.*

PROMETEO. — *Te diré claramente todo lo que tú debes saber, sin andar entretejiendo enigmas, sino con palabras sencillas, como es justo que hablen los amigos. Es-*
610

tás viendo a Prometeo, el que dio a los mortales el fuego.

Io. — *¡Oh tú, el que te mostraste a los mortales como universal benefactor, infeliz Prometeo, ¿en castigo de qué sufres esto?*

PROMETEO. — *Hace un momento he renunciado a llo-*
rar mis trabajos. 615

Io. — *¿No podrías hacerme un favor?*

PROMETEO. — *Di lo que quieras. Puedes enterarte de todo por mí.*

Io. — *Dime quién te ató a ese precipicio.*

PROMETEO. — *La decisión de Zeus y la mano de Hefesto.*

Io. — *¿Por qué clase de faltas estás cumpliendo pena?* 620

PROMETEO. — *Sólo con eso que te he explicado, ya he dicho bastante.*

Io. — *Además de eso, muéstrame la terminación de mi andar errante. ¿Cuál será ese momento para esta infeliz?*

PROMETEO. — *No saberlo es mejor para ti que saberlo.* 625

Io. — *Insisto. No me ocultes lo que debo sufrir.*

PROMETEO. — *¡Pero si yo no intento negarte ese favor!*

Io. — *¿Por qué, entonces, demoras anunciármelo todo?*

PROMETEO. — *No existe inconveniente alguno, sólo que temo conturbar tu ánimo.*

Io. — *No te preocupes tú por más tiempo de mí en lo que es mi gusto.*

PROMETEO. — *Puesto que así lo deseas, yo debo hablar.* 630
Escúchame.

CORIFE0. — *Todavía no. Concédeme también a mí una parte en ese placer. Procuremos saber antes que nada la dolencia de ésta y que ella misma cuente su funesto infortunio. El resto de sus penas, enséñalas tú.*

PROMETEO. — *Asunto tuyo es, Io, el conceder tal favor* 635
a éstas. Por muchas razones y, en primer lugar, por ser

hermanas de quien es tu padre ²⁹. Porque vale la pena de gastar el tiempo en llorar y quejarse del propio infortunio, cuando uno espera que hará llorar con él a quienes lo escuchan.

640 Io. — Sé que no debo dejar de obedeceros. Con claro relato vais a saber cuanto deseáis. Sin embargo, siento vergüenza hasta de contar de dónde —¡infeliz!— me sobrevino repentinamente la tormenta enviada por una deidad y
645 la pérdida de mi forma humana. Sí; de continuo frecuentaban mi alcoba de virgen visiones nocturnas que me seducían con dulces palabras: «¡Oh muy dichosa doncella, ¿por qué sigues virgen tan largo tiempo, cuando te es posible
650 lograr la óptima boda? Sí; Zeus ha sido encendido por el dardo de tu deseo y quiere gozar contigo de Cipris. No desdeñes tú, niña, el lecho de Zeus, sino sal al prado de alta hierba de Lerna ³⁰, a las manadas y establos de vacas propiedad de tu padre, para que la mirada de Zeus halle
655 satisfacción de su deseo.» Por tales sueños era acuciada —¡infeliz de mí!— todas las noches, hasta que me atreví a revelar a mi padre los ensueños que por la noche me frecuentaban. Él envió entonces mensajeros frecuentes a consultar los oráculos de Dodona y Delfos, para informarse de qué había que hacer o decir para obrar de modo
660 grato a los dioses, pero regresaban anunciando ambiguos, confusos oráculos que habían sido dichos en forma de difícil interpretación. Por fin llegó a Ínaco un oráculo claro
665 que abiertamente le hacía saber y le exigía que me echase fuera de mi casa y mi patria, para que en libertad ³¹ vaga-

²⁹ Ínaco era hijo de Océano y Tetis.

³⁰ Río de Argos.

³¹ Como las vacas consagradas a los dioses, que pacían en libertad dentro del recinto sagrado.

ra yo hasta el último confín de la tierra, si él no quería que el ardiente rayo de Zeus viniera a aniquilar a toda su raza. Obediente a tales vaticinios de Loxias, mal de su grado y contra mi propio deseo, me expulsó de mi casa ⁶⁷⁰ y me la cerró. El freno de Zeus le obligaba a hacer esto a la fuerza. Inmediatamente cambiaron mi forma y mi mente, y con estos cuernos que veis, picada por un tábano ⁶⁷⁵ de agudo aguijón, me dirigí con frenéticos saltos a la fresca corriente de Cernea ³² y a la fuente de Lerna. Un boyero nacido de la tierra, Argo, cuyo talante carece de moderación, me acompañaba vigilando mis pasos con sus múltiples ojos. De improviso, †repentina† muerte le privó ⁶⁸⁰ de vivir, pero yo sigo errante, de tierra en tierra, herida del tábano, impulsada por látigo divino. Ya oyes lo ocurrido. Si tú puedes decir lo que resta de mis trabajos, indícame. No me confortes con palabras falsas por haber ⁶⁸⁵ sentido compasión de mí, pues aseguro que amañar las palabras es el vicio más vergonzoso.

CORO. — ¡Deja, deja, aparta! ¡Ay! ¡Nunca, nunca hubiera dicho que un tan extraño relato llegase a mi oído, †ni que dejaran helada mi alma con su aguijón de doble ⁶⁹⁰ filo sufrimientos, torpezas y horrores† tan insoportables y penosos de ver! ¡Ay, ay! ¡Qué triste destino! ¡Qué triste destino! ¡Me estremezco de ver la situación de Io! ⁶⁹⁵

PROMETEO. — Temprano —¡sí!— te pones a gemir y te llenas de miedo. Aguarda a conocer también lo que le queda que sufrir.

CORIFEEO. — Habla, enseñámelo. A los que están enfermos les resulta grato conocer previamente con claridad el dolor que aún les aguarda.

³² Fuente próxima a la de Lerne, en Argos.

700 PROMETEO. — Tu anterior petición la obtuvisteis de mí sin dificultad, pues antes sentíais deseos de informaros mediante su propio relato de su infortunio. Ahora escuchad lo que falta, la clase de sufrimientos que ha de soportar esta joven de parte de Hera.

705 Y tú, hija de Ínaco, guarda mis palabras en tu corazón, para que te enteres del fin de tu viaje.

En primer lugar, vuélvete desde aquí hacia la salida del sol y recorre campos que no están arados. Llegarás a los 710 nómadas escitas, que habitan bajo techos trenzados, subidos en carros de buenas ruedas, armados con arcos de largo alcance. No te acerques a ellos, sino atraviesa el país pegando tus pasos a las rocas costeras donde rompe el mar con estruendo.

715 A mano izquierda viven los cálibes, artífices del hierro, de los que tú debes guardarte, pues están salvajes y no son accesibles a los extranjeros.

Luego llegarás al río Hibristes —no es falso su nombre—³³. No intentes atravesarlo, pues no es fácil 720 atravesar, antes de llegar al mismo Cáucaso, la más alta montaña, donde desahoga su furor el río desde la misma falda del monte. Preciso es que pases sobre las cimas, vecinas ya de las estrellas, y bajas al camino que se dirige al mediodía, donde llegarás al ejército de las Amazonas que 725 odio alimentan contra los varones y un día poblarán Temiscira, en las proximidades del Termodonte³⁴, donde está Salmideso³⁵, la áspera quijada de la boca del Ponto, huésped hostil para los marineros, madrastra de las naves. Ellas te enseñarán el camino, y muy de su grado.

³³ Es decir, con frecuencia se sale del cauce.

³⁴ Río de Capadocia.

³⁵ En Tracia, lo que no deja de hacer fantástica la descripción geográfica de Esquilo.

Llegarás después al istmo cimérico³⁶, a las mismas angostas puertas del lago³⁷ y, luego que lo hayas dejado 730 atrás con decisión, debes atravesar el estrecho del lago Meótide³⁸. De tu paso por él siempre se hará entre los hombres mención destacada: se llamará Bósforo. Cuando hayas dejado el suelo de Europa, llegarás al continente de 735 Asia.

¿No os parece que el tirano de las deidades es por igual en todo violento? Sí. Ese dios, por el capricho de unirse con esta mortal, le ha impuesto este caminar de continuo errante.

Amargo es, muchacha, el pretendiente de boda que te ha tocado, pues el relato que ahora has oído, no pienses 740 que está en su preludio siquiera.

Io. — ¡Ay de mí! ¡Ay! ¡Ay de mí!

PROMETEO. — De nuevo has gritado y estás mugiendo profundamente³⁹. ¿Qué, entonces, harás cuando te enteres de las desgracias que aún te quedan?

CORIFEO. — ¿Le vas acaso a decir algo que le falta a 745 sus sufrimientos?

PROMETEO. — Un piélago tempestuoso de funestas calamidades.

Io. — ¿Qué ventaja, entonces, tengo en vivir? ¿Por qué no me he arrojado al momento desde esta roca escarpada, para que al haberme estrellado en el suelo me hubiera 750 librado de todas mis penas? ¡Sí! ¡Mejor es morir de una vez que sufrir con deshonra a lo largo de todos los días!

³⁶ Crimea.

³⁷ Mar de Azof.

³⁸ El estrecho de Kertsch, llamado Bósforo en la antigüedad.

³⁹ Hay que pensar que quien encarnara el personaje de Io imitaría, de algún modo, los movimientos y mugidos de una vaca.

PROMETEO. — Difícilmente, entonces, soportarías mis dolores, cuando es precisamente no morir mi destino. Eso sería una liberación de mis sufrimientos. Pero por ahora no existe término fijado a mis males, hasta que caiga Zeus de su tiranía.

Io. — ¿Es, entonces, posible que Zeus caiga de su poder?

PROMETEO. — Gozarías —creo— de ver tal suceso.

Io. — ¿Cómo no, si sufro miserias por culpa de Zeus?

PROMETEO. — En ese caso puedes alegrarte, convencida de que eso es así.

Io. — ¿Quién lo despojará de su cetro tiránico?

PROMETEO. — Él mismo, por la vanidad de sus decisiones.

Io. — ¿De qué manera? Indícamelo, si no hay daño en ello.

PROMETEO. — Celebrará una boda tal, que algún día la deplorará.

Io. — ¿Con una diosa o con una mortal? Cuéntamelo, si puede decirse.

PROMETEO. — ¿Por qué me preguntas con quién? No puede decirse en voz alta.

Io. — ¿Tal vez su esposa lo va a echar del trono?

PROMETEO. — Sí. Va a parir un hijo más fuerte que el padre.

Io. — ¿Y no puede apartar de sí ese infortunio?

PROMETEO. — No por cierto. Solamente yo lo puedo librar, una vez libre de estas cadenas.

Io. — ¿Y quién va a soltarte, si Zeus se opone?

PROMETEO. — Preciso es que sea uno de tus descendientes.

Io. — ¿Cómo has dicho? ¿Qué un hijo mío te va a liberar de tus sufrimientos?

PROMETEO. — El tercero en generación después de otras diez generaciones.

Io. — No es todavía el oráculo ése de fácil interpretación.

PROMETEO. — No andes buscando conocer a fondo tus propios pesares.

Io. — No me prives de una ventaja que previamente me habías ofrecido.

PROMETEO. — De entre dos relatos te concederé el don de uno de ellos.

Io. — ¿De qué dos relatos? Explícamelo y concédeme a mí su elección.

PROMETEO. — Te lo concedo. Elige, pues, entre que te diga con claridad lo que resta de tus sufrimientos o el que ha de soltarme.

CORIFEO. — Decídete a hacer uno de esos favores a ésta y el otro a mí. No nos juzgues indignas de tu información. Dile a ésta lo que aún le queda de su andar errante, y dime a mí quién te soltará, pues eso deseo.

PROMETEO. — Puesto que tanto lo deseáis, no voy a oponerme a deciros todo cuanto me preguntáis.

A ti primero, Io, voy a decirte tu vagar agitado en extremo. Grábalo en las tablillas de tu memoria que hay en tu mente.

Cuando hayas atravesado la corriente que hace de límite de ambos continentes, dirígete hacia la llameante salida del sol. Atraviesa el estruendo del mar hasta que hayas llegado a la llanura de las Gorgonas, en Cístene, donde habitan las Fórcides ⁴⁰, tres viejas doncellas con figura de

⁴⁰ Hijas de Forcis —deidad marina de la primera generación de dioses, hijo de Tierra y Ponto— y de Ceto, su hermana. Tenían un solo diente y un solo ojo, como dice el texto. La astucia de Perseo, al apode-

cisne que tienen un ojo y un diente para las tres. Ni el sol con sus rayos las mira jamás, ni de noche la luna. Cerca de ellas hay tres hermanas aladas, con cabellera de serpientes. Son las Gorgonas, odiadas por los mortales, pues no hay mortal que, si las mira, conserve el aliento. Tal es la advertencia que te hago.

Escucha otro terrible espectáculo: guárdate de los grifos, perros de Zeus no ladadores y de afilado hocico, y del ejército de los arimaspos⁴¹, que tienen un solo ojo y van a caballo, que habitan junto al curso del río Plutón de aurífera corriente. No te acerques a ellos.

Llegarás a una tierra lejana, a una raza negra que habita junto a las fuentes del sol, donde se encuentra el río Etíope⁴². Sigue pegada a su ribera hasta que llegues a donde empieza la catarata, allí donde el Nilo, desde los montes de Biblo impulsa su saludable, sacra corriente. Él te guiará hasta la tierra triangular llamada Nilotis⁴³, donde está decretada por el destino para ti, Io, y para tus hijos, la fundación de una nueva colonia⁴⁴.

Si algo de esto es para ti oscuro o difícil de hallar su camino, vuelve a preguntar y entérate con claridad. Tengo más tiempo del que quisiera.

CORIFE0. — Si puedes aún decirle algo de lo que le falta de su funesto vagar o lo has omitido, dilo. Pero, si lo has dicho todo, haznos ahora el favor que pedimos. Lo recuerdas sin duda.

rarse del ojo de que disponían, le facilitó el camino para cortar la cabeza a Medusa.

⁴¹ En la Sarmacia europea. (Cf. HERÓD., IV 13 ss.)

⁴² El Nilo superior.

⁴³ El delta del río.

⁴⁴ Alusión a Náucratis, fundada por griegos en el siglo VII a. C.

PROMETEO. — Ésta ya oído el final de su viaje, ~~no~~ que sepa que no me escucha en vano, le diré las muchas penas que ha padecido antes de que aquí hubiera llegado. Así le daré una garantía de mis palabras.

Omitiré la mayor parte de cuanto yo pudiera decirle e iré derecho al término de su andar errante. Sí. Cuando llegaste a la llanura de Molosia y cerca de Dodona, situada en lo alto de un monte⁴⁵, donde existe un oráculo y una sede de Zeus, en la Tesprótide⁴⁶, y un prodigio increíble: unas encinas parlantes, que claramente y sin ninguna clase de enigmas te saludaron como a la que va a ser la ilustre esposa de Zeus.

¿Te halaga algo eso?

Desde allí, acosada del tábano, recorriste el camino que hay junto a la costa hasta el inmenso golfo de Rea. Desde allí estás sacudida por la tormenta de una carrera en sentido contrario. El fondo de ese mar —sábelo bien— en tiempos futuros se llamará Jonio⁴⁷, recuerdo de tu viaje para los mortales.

Signos son éstos de que mi mente ve más allá de lo manifiesto.

El resto a vosotros y a ésta, a la vez, os lo voy a decir, siguiendo el hilo de mi primer relato. Hay una ciudad —Canobo—, la última de ese país, junto a la misma boca y alfaques del Nilo. Allí exactamente te dejará Zeus encinta, rozándote con su mano sin inspirarte temor alguno, con sólo tocarte. De aquí recibirá el nombre la descendencia de Zeus que parirás: el negro Épafo, que cosechará cuantos frutos produce la tierra que riega el Nilo de ancha

⁴⁵ El Tomaro.

⁴⁶ Al SO. del Epiro.

⁴⁷ Derivado de Io.

corriente. La quinta generación a partir de él, constituida
 855 por cincuenta doncellas, regresará a Argos mal de su grado,
 huyendo de la boda consanguínea con sus primos herma-
 nos. Ellos, con la mente ofuscada por el deseo, lo mismo
 que halcones que ya no están lejos de unas palomas, llega-
 rán con el fin de dar caza a unas bodas cuya caza está
 prohibida; pero la deidad rehusará concederles sus cuer-
 860 pos, y el país de Pelasgo los recibirá *†vencidos†* por un
 Ares que mata por medio de mujeres con una audacia que
 monta la guardia durante la noche. Sí. Cada esposa a cada
 marido privará de la vida, tiñendo la daga de doble filo
 en el degüello. ¡Tales bodas conceda Cipris a mis enemi-
 865 gos! Pero a una de las niñas la ablandará el deseo y evitará
 que dé muerte a su esposo ⁴⁸. Flaqueará su voluntad y,
 ante la opción de estas dos denominaciones, preferirá ser
 llamada cobarde en vez de asesina. Ésta, al engendrar, da-
 870 rá origen a un linaje regio que reinará en Argos. Se
 necesita un largo discurso para exponer esto con exacti-
 tud.

Lo cierto es que de ella procederá un audaz descendien-
 te, célebre por su arco, que va a liberarme de estos sufrimien-
 tos. Tal es el oráculo que mi madre me reveló, la que
 875 en edad muy antigua nació, la titánide Temis. Pero cómo
 y dónde ocurrirá, eso necesita de largo discurso para decirlo
 y nada vas tú a ganar en saberlo.

Io. — *¡Dolor! ¡Ay, dolor! De nuevo me abrasa por den-*
 880 *tro una convulsión y delirios enloquecedores, y me punza*
la flecha del tábano no forjada a fuego. El corazón golpea
de miedo en mi pecho. La vista me da vueltas y más vuel-
tas. Bajo el influjo de una furiosa ráfaga de rabia, me
salgo del camino.

⁴⁸ Hipermestra, casada con Linceo.

Ya no tengo dominio de mi lengua, y mis vagas pa- 885
labras van chocando al azar contra las olas de la odiosa
ceguera de mi mente.

(Lo sale de escena precipitadamente.)

CORO.

Estrofa.

Sabio —sí—, sabio era quien el primero sopesó en su 890
mente y expresó con la lengua que emparentar con arreglo
a su clase social es mucho mejor y, cuando uno trabaja
con las manos, no apasionarse por boda con quien vive
en molicie debido a su riqueza o está lleno de orgullo por
su estirpe.

Antístrofa.

¡Jamás, jamás, oh Moiras (...) el lecho de Zeus me 895
veáis compartir, ni me acerque a un esposo de los que del
cielo proceden! Porque me espanto de la doncellez rebelde
al amor, cuando veo a Io consumida en esas dolorosas 900
carreras errantes que le impone Hera.

Épodo.

A mí, cuando mi boda sea con un igual, de por sí no
me inspira miedo; pero temo que con amor me miren los
inevitables ojos de deidades más poderosas. Es ésa una gue-
rra a la que no puede responderse con guerra, un camino
de muchas salidas en el que tú no tienes ninguna y no 905
sé qué sería de mí, pues no veo cómo podría esquivar la
astucia de Zeus.

PROMETEO. — La verdad es que Zeus, aunque ahora sea
 arrogante de espíritu, en el futuro va a ser humilde, según
 la boda que se dispone a celebrar, que lo arrojará de su

910 tiranía y de su trono en el olvido. En ese momento se cumplirá plenamente la maldición que imprecó antaño su padre Crono, al ser derrocado de su antiguo trono. No existe dios que pueda mostrarle con claridad escapatoria de tales 915 penas, excepto yo. Yo sí que lo sé y de qué manera. Así, que siga sentado haciendo alarde de sus ruidos aéreos⁴⁹ y, confiado, siga blandiendo en sus manos el dardo que exhala fuego, pues nada de eso le bastará para impedirle 920 caer con un fracaso ignominioso e insorportable. Tal es el rival que él mismo ahora se está preparando, prodigio invencible en extremo que hallará una llama más poderosa que el rayo y un fuerte estruendo que supere al trueno, la que destrozará la *†dolencia†* marina que hace a la tierra 925 temblar, el tridente, esa lanza de Posidón. Y cuando tropiece con esa desgracia, aprenderá cuánto va de mandar a servir.

CORIFE0. — Ese fracaso que estás prediciendo en contra de Zeus es, precisamente, lo que tú deseas.

PROMETEO. — Estoy diciendo lo que va a cumplirse, además de que yo lo quiero.

930 CORIFE0. — ¿Hay que esperar que alguien venga a ser el amo de Zeus?

PROMETEO. — Sí. Tendrá trabajos más penosos que éstos para su cuello.

CORIFE0. — ¿Cómo no sientes miedo de proferir tales palabras?

PROMETEO. — ¿Qué podría temer, si mi destino es no morir?

CORIFE0. — Pero él podría procurarte un trabajo más doloroso aún que éste.

935 PROMETEO. — ¡Que lo haga! ¡Todo lo espero!

⁴⁹ El trueno.

CORIFE0. — Pero son sabios quienes respetan a Adrastea⁵⁰.

PROMETEO. — Honra tú, ruega, halaga al que tiene el poder en cada momento, que a mí Zeus me importa menos que nada. Que actúe, que ejerza el poder a su gusto este corto tiempo, que no por mucho va a estar a la cabeza 940 de los dioses.

Pero aquí veo al que es mensajero de Zeus, al servidor del nuevo tirano. Sin duda ha venido a dar alguna noticia.

(*Entra Hermes.*)

HERMES. — A ti, al sabio, al que en dureza supera al más duro, al que faltó contra los dioses al entregar sus 945 honores a los efímeros, al ladrón del fuego me estoy dirigiendo.

Ha mandado el padre que digas cuál es esa boda de que te jactas por la que él va a ser derrocado de su poder. Y en esto, nada de enigmas, sino cosa por cosa explícalo. 950 Y no me obligues a un nuevo viaje. Ya estás viendo que Zeus no se ablanda con gente como tú.

PROMETEO. — Solemne en verdad y lleno de arrogancia es tu discurso, como corresponde a quien es servidor de los dioses.

Jóvenes sois que acabáis de estrenar el poder y os creéis 955 que habitáis en alcázares que os hacen inmunes a todo dolor. ¿No he visto yo a dos tiranos caer de ellos? Y a un tercero veré, el que ahora es el amo, de la manera más ignominiosa y muy pronto. ¿Te parece que yo tengo miedo 960 y que estoy temblando de los nuevos dioses? ¡Lejos de mí eso, sí, completamente! Así que date prisa en volver por

⁵⁰ Deidad en que se personifica la necesidad ineluctable.

el camino que has traído, pues no voy a enterarte de nada de cuanto me preguntas.

HERMES. — Ten en cuenta que ya, antes de ahora, con
965 desplantes así, te amarraste tú mismo a estos sufrimientos.

PROMETEO. — Sábelo bien: no cambiaría yo mi desgracia por tu servilismo.

HERMES. — Tengo la impresión de que es preferible servir a esta roca que ser el fiel mensajero del padre Zeus.

970 PROMETEO. — †¡Así hay que ultrajar a quienes te ultrajan!†

HERMES. — Parece que presumes de tu situación.

PROMETEO. — ¿Que presumo? ¡Ojalá viera yo presumir de este modo a mis enemigos! ¡Y entre ellos a ti, te aseguro!

HERMES. — ¿También a mí me atribuyes parte de culpa en tu desgracia?

975 PROMETEO. — En una palabra: odio a cuantos dioses me maltratan injustamente después de haber recibido de mí beneficios.

HERMES. — Al oírte advierto que tú eres víctima de no leve locura.

PROMETEO. — Deseo estar loco, si locura es aborrecer a mis enemigos.

HERMES. — Serías inaguantable, si el éxito te acompañara.

980 PROMETEO. — ¡Ay de mí!

HERMES. — Esa expresión no la sabe Zeus.

PROMETEO. — Todo lo enseña el transcurso del tiempo.

HERMES. — Y, sin embargo, tú todavía no has aprendido a ser prudente.

PROMETEO. — Es verdad: no hubiera debido hablarte por ser tú un criado.

HERMES. — Tengo la impresión de que nada vas a decir de lo que mi padre desea.

PROMETEO. — ¡Claro! ¡Como estoy en deuda con él, 985 debería pagarle con mi gratitud!

HERMES. — Te has mofado sin duda de mí, como de un chiquillo.

PROMETEO. — ¿Pues no eres un niño e, incluso, aún más inocente que un niño, si estas esperando enterarte de algo por mí?

No existe tortura ni recurso alguno con el que Zeus pueda obligarme a descubrir eso antes que me quiten es- 990 tas oprobiosas cadenas. Ante esto, ¡que precipite sobre mí la llama que reduce a cenizas, que todo el universo confunda y trastorne entre una tempestad de blancas alas de nieve y truenos subterráneos! Porque nada de eso me va 995 a doblegar hasta el punto que llegue a decirle por quién debe ser derrocado de su tiranía.

HERMES. — Mira, entonces, si eso te sirve de algo.

PROMETEO. — Tiempo ha que lo he visto y lo he decidido.

HERMES. — Ten valor, pobre loco, ten valor una vez de pensar con cordura ante tus actuales dolores. 1000

PROMETEO. — Me molestas en vano. Es igual que si pretendieras aquietar las olas. Jamás se te ocurra que yo, por temor a un decreto de Zeus, voy a afeminar mi temperamento y a suplicar al que tanto odio, volviendo hacia arri- 1005 ba mis manos con una mujer, que me libere de estas cadenas. Estoy muy lejos de ello.

HERMES. — Me parece que por mucho que hable voy a hablar sin ningún resultado, pues con mis súplicas nada te moderas ni tampoco te ablandas. Muerdes el bocado lo mismo que un potro bajo el yugo por primera vez. Te resistes y luchas contra las riendas, pero pones toda 1010

tu fuerza en un ardid débil, pues la terquedad del que no piensa acertadamente, por sí misma carece de fuerza.

1015 Si no haces caso de mis palabras, mira qué tempestad y triple oleada de males inevitables se te viene encima. En primer lugar, va a hacer pedazos mi padre este escarpado precipicio sirviéndose del trueno y la llama del rayo, y tu cuerpo quedará enterrado: un abrazo de piedra te acogerá.

1020 Cuando hayas cumplido un largo trecho de tiempo, tú volverás de nuevo a la luz. Entonces, el perro alado de Zeus, águila sanguinaria, con voracidad hará de tu cuerpo un enorme jirón; y día tras día vendrá —comensal no invitado— a devorar tu negro hígado. No esperes el fin de este suplicio hasta que aparezca una deidad que sea tu sucesor en estos trabajos y esté dispuesto a descender al lóbrego Hades y a los sombríos abismos del Tártaro.

1030 Reflexiona, pues, que no es una fanfarronada que no responda a la realidad. Antes, al contrario, lo que yo te he dicho ha sido dicho con una muy perfecta exactitud, que la boca de Zeus no sabe mentir, sino que se cumple siempre su palabra. Tú míralo bien y reflexiona. No pienses que la obstinación es alguna vez mejor que el sabio consejo.

CORIFE0. — No nos parece que diga Hermes algo inoportuno, ya que te ordena que abandones tu testarudez y procures hallar una sabia cordura. Hazle caso, que es vergonzoso para un sabio errar.

1040 PROMETEO. — *Me ha gritado éste noticias que ya sabía yo. No es un deshonor que un enemigo sea maltratado por sus enemigos. Por tanto, ¡que contra mí se precipite el tirabuzón*⁵¹ *de doble filo del fuego! ¡Que con el trueno*

⁵¹ Metafórico: «la llama».

se conmueva el éter y con la furia de feroces vientos haga el huracán temblar a la tierra con sus propias raíces desde sus cimientos! ¡Que les olas del mar con áspero estruendo borren los celestes caminos de las estrellas! ¡Que arroje a lo alto mi cuerpo y en los inflexibles torbellinos de la ineluctable necesidad lo precipite en el Tártaro tenebroso! Haga cuanto haga, no va a matarme.

HERMES. — *Verdad es que decisiones y palabras tales sólo es posible oírlas de locos, pues ¿qué le falta a la súplica de éste para ser la de un loco? En qué se modera su furia? Así que vosotras, las que con él compartís el dolor por sus sufrimientos, marchaos de este lugar con prontitud a algún otro sitio, no vaya a ser que turbe vuestra mente el inexorable mugido del trueno.*

CORO. — *Dime otra cosa y aconséjame lo que también pueda convencerme. Sí. Esa frase que has destacado en tu perorata es intolerable. ¿Cómo se te ocurre incitarme a realizar una vileza? Con él quiero sufrir lo que haga falta, pues he aprendido a odiar a los traidores y no hay peste que aborrezca más que ésa.*

HERMES. — *En ese caso, recordad lo que yo os anuncio, y cuando seáis alcanzadas por el infortunio, nada le reprochéis a vuestra mala suerte, ni digáis jamás que os arrojó Zeus de improviso en un sufrimiento —no, por cierto—, sino vosotras a vosotras mismas, pues sabedoras de ello y no de repente ni por sorpresa, vais a ser apresadas por vuestra falta de reflexión en las inextricables redes de Ate.*

(Sale de escena Hermes. Tiembla la tierra y se oyen ruidos subterráneos.)

1080 PROMETEO. — *Ya no son palabras, sino realidad: la tierra ha temblado. Brama en sus entrañas el eco del trueno. Brilla el ardiente zig-zag del relámpago. Arremolinan el polvo los torbellinos. Salta entrechocándose el huracanado ímpetu de todos los vientos, desencadenando una conmoción de vendavales encontrados. Se han confundido el cielo y el mar. ¡Tal es la violencia de Zeus que contra mí avanza de forma visible, intentando aterrorizarme! ¡Oh Majestad de mi madre! ¡Oh firmamento que haces que vaya girando la luz común a todas las gentes, ya ves qué impiedad estoy padeciendo!*

(Entre truenos y relámpagos desaparecen Prometeo y el Coro.)